

## COMPROMISOS Y ESCENARIOS INTELECTUALES EN LA BOGOTÁ DEL MEDIO SIGLO

Sandra JARAMILLO RESTREPO\*

Los llamados *sixties* se corresponden con una época en que la escena internacional y latinoamericana se caracterizó por imprimir cambios profundos en las sociedades, tanto a nivel cultural, como político, y entre los actores sociales que desempeñaron un papel dinamizador estuvieron los intelectuales. Esta “especie moderna” fue configurando invernaderos para su desarrollo en las ciudades y desde allí se concretaron, en muchas ocasiones, proyectos, materialidades revisteriles, afinidades, antagonismos. Si bien las instituciones —públicas o privadas—, los partidos o las universidades hicieron de “invernadero” —según la metáfora utilizada por François Dosse (2007)— también es posible hallar otros menos formales como los cafés. Entre el humo, el café, los licores y el murmullo de las conversaciones, se abrieron paso los cafés de París, Arlés o Buenos Aires como referentes mundiales porque acogían cotidianamente artistas e intelectuales, que no pocas veces quedaron inmortalizados en sus obras. Se trataba de cafés públicos que reemplazaron los salones burgueses en sociedades cada vez más heterogéneas donde la movilidad social estaba a la orden del día.

Al estudiar las dinámicas intelectuales en ciudades más periféricas nos hallamos con invernaderos intelectuales semejantes. En algunas ocasiones los jóvenes intelectuales (y en menor medida las intelectuales) se inspiraban en esos referentes para emular gestos bohemios en sus propias localidades: “nosotros nos creíamos en París”, diría uno de los protago-

\* Coordinadora General del *Diccionario Biográfico de las Izquierdas Latinoamericanas* (CeDInCI, NuSo) y becaria posdoctoral del CONICET, CeDInCI, Argentina.

nistas del medio siglo colombiano en sus memorias.<sup>1</sup> Pero en muchas otras ocasiones, esos jóvenes intelectuales adquirían el hábito de la sociabilidad en la fonda rural o la cantina de provincia que nucleaban a escritores y poetas, sus antecedentes más cercanos.

Este capítulo ofrece una impresión de estas dinámicas en la Bogotá del medio siglo, donde confluían jóvenes intelectuales procedentes de diversas ciudades del país andino. Si bien el ocio, la informalidad y los encuentros meramente amicales eran propios de estos escenarios de la vida intelectual, también en ellos se concretaron proyectos, intervenciones políticas, disputas y afinidades que lograron incidencia y quedaron plasmados en las revistas de la época. No en vano, desde la historia intelectual y la sociología de los intelectuales se viene reivindicando el estudio de estas materialidades no sólo como fuentes de información, sino como objeto que permite reconocer complejas dinámicas sociales.<sup>2</sup> Específicamente, la reconstrucción que ofrece este capítulo respecto de estos escenarios de la vida intelectual bogotana evidencia algunos de los encuentros y divergencias entre los *intelectuales críticos*, audaces interpeladores del conservadurismo de raigambre hispanista, y los nuevos grupos intelectuales que se vinculaban con la teoría sartreana del compromiso. Entre unos y otros subyacían disputas generacionales, teóricas e ideológicas relativas a la forma de comprender su propia función como intelectuales.

## CAFÉS Y CIUDADES EN TRANSICIÓN

A mediados del siglo xx, el avance industrial en Colombia y su consecuente urbanización se hacían sentir en las tres principales ciudades: Bogotá, Medellín y Cali; de hecho, desde fines de los años treinta hasta mediados de los años sesenta estos tres centros urbanos triplicaron su población;<sup>3</sup> también Barranquilla se había destacado como ciudad portua-

<sup>1</sup> Entrevista a Ramiro Montoya (2017).

<sup>2</sup> En la producción de este capítulo se tienen como referencia estudios clásicos sobre este punto, por ejemplo, Jacqueline Pluet-Despatin (1999) y Beatriz Sarlo (1992). Asimismo, intervenciones recientes que entienden las revistas como redes intelectuales: Aimer Granados y Alexandra Pita (2017); o el trabajo panorámico de Horacio Tarcus (2020), que ofrece un mapa de las revistas para la región latinoamericana.

<sup>3</sup> Para 1938 Medellín tenía 168 000 habitantes, lo que ascendió a 358 000 para 1951 y a 773 000 en 1964. En los mismos años los datos para Cali fueron 101 000, 284 000 y 638 000 habitantes, respectivamente. Por su parte en Bogotá el incremento fue proporcional pero su población era un poco más del doble: 330 000 habitantes para

ria que desde 1930 contaba con 150 000 habitantes y con una burguesía de tipo cosmopolita e inmigrante. Especialmente, Bogotá era una ciudad en transición que llegaba a un millón de habitantes en 1956 y contenía casi el 7% de la población nacional. Como ocurría a nivel internacional, esta urbanización creciente estaba en consonancia con el avance de la clase obrera, con importantes modificaciones en la vida rural que puso las reformas agrarias en las agendas nacionales y con el avance en la democratización de la educación que masificaba el estudiantado y ampliaba el “ejército de reserva” compuesto por jóvenes profesionales. Se trataba de un proceso de modernización generalizado iniciado desde las primeras décadas del siglo y acentuado con la crisis de los años treinta que se plasmaba en la modificación de las ciudades, su urbanismo, sus equipamientos y sus dinámicas culturales. Territorios que rompían, cada vez con más fuerza, las lógicas monolíticas y homogeneizantes heredadas de la Colonia y se hacían “caóticas” o se “metropolizaban” según un desarrollo propio que no dejaba de estar en tensión con las dinámicas estructurales a nivel internacional. En estas nuevas ciudades latinoamericanas, las elites burguesas reemplazaban el tradicional patriciado, en términos ideológicos y prácticos, y se vinculaban con la idea de progreso (Romero, 2001). En consonancia con esto, las y los intelectuales modernizantes que se participaban en la política nacional y se conectaban con las lógicas del progreso, hacían parte de este proceso cambiante y sustituían la figura del intelectual-escritor tradicional.

En la Colombia de mediados del siglo xx en la que se dio inicio al régimen del Frente Nacional, que diseñó el Estado desde una alternancia de los partidos tradicionales en el periodo que va de 1957 a 1974, la intelectualidad se vinculó, de una u otra manera, con lo que en el país pretendió ser una ola modernizante. Los nichos institucionales fueron escenario de su formación y acción pero también en la ciudad surgieron microclimas en los que fue posible verlos actuando de forma más informal. Las *sociabilidades* que se dieron en los cafés son una muestra de ello.<sup>4</sup> En dichos

---

1938, 648 000 para 1951 y 1 697 000 para 1964. Datos citados en Torres (2013: 31), provenientes de la revista *Controversia* del CINEP.

<sup>4</sup> Los estudios de la intelectualidad de los años sesenta siguen siendo escasos y dispersos en el país. Un referente importante lo constituye la investigación de Jaime Eduardo Jaramillo Jiménez (2017) que analiza los “intelectuales anfibios” durante el periodo, es decir, aquellos que desde la universidad y su práctica académica respaldaron la “tecnoburocracia” del Frente Nacional. Se centra en el caso de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional y observa figuras como Orlando Fals Borda, Camilo Torres, Darío Mesa, Virginia Gutiérrez de Pineda y Roberto Pineda. Los estudios sobre

café se llevaban a cabo tertulias, debates, encuentros, que en algunas ocasiones derivaban en proyectos de intervención en la *cosa pública* como las revistas y, en otros casos, se limitaban a ser auditorios cautivos en los que se practicaba la oratoria. Fueron sitios de ocio y de amistad, pero también oportunidad para que se gestaran *afinidades electivas* y sus consecuentes atracciones o, por el contrario, repelencias. En estos “escenarios de la vida intelectual”, al decir de Lewis Coser, se especificaban las prácticas intelectuales y eran espacios que ayudaban a “transformar el estilo literario” e incluso sus temas de interés; por ejemplo, los cafés permitían “sacar al autor del aislamiento de su estudio y lanzarlo al mundo de los hombres y las mujeres comunes y corrientes” (1973: 41). El icónico Café De Flore, escenario de los existencialistas franceses, es ejemplo de esta idea, pues el café fue central para la definición de un estilo intelectual sintetizado en la máxima “la filosofía sale a la calle”, lo que no sólo implicaba una espacialidad, sino también un giro filosófico por el cual el escritor se ocupaba de observar la cotidianidad del “hombre común” como la del mozo de café (Bourdieu, 2005).

Bogotá había sido una ciudad de cafés desde la primera mitad del siglo y para los años cincuenta y sesenta se operaba una reapropiación de estos espacios por parte de grupos poblacionales distintos: “los intelectuales se empezaron a encontrar en los cafés literarios; los políticos en los cafés de la política (o en las tertulias políticas); y los criminales en los cafetines del arrabal” (Monje Pulido, 2011).<sup>5</sup>

Además, los cafés en los que se reunían intelectuales y/o políticos estaban vinculados con circuitos de librerías y cines de los que se había empezado a dotar la capital desde las primeras décadas del siglo para el disfrute social. Sin embargo, estos circuitos fueron, por un buen tiempo, espacios y prácticas reservados para un sector privilegiado de Bogotá, pues los sectores más populares se concentraban en las peleas de boxeo, la tauromaquia y, desde los años treinta, en actividades de esparcimiento

---

las sociabilidades intelectuales más informales del periodo son escasos, pero pueden mencionarse la biografía de Jorge Zalamea, rica en la reconstrucción de la sociabilidad que nucleaba la revista *Crítica* (López, 2014), el análisis de Jacques Gilard (1984) sobre el grupo de Barranquilla o los múltiples trabajos que abordan la revista *Mito*.

<sup>5</sup> La literatura internacional ha desarrollado múltiples estudios en relación con los cafés como espacios de sociabilidad en general, y más específicamente sociabilidad intelectual. Colombia también cuenta con algunos estudios sobre este tema en los que se resalta su papel como espacios para la vanguardia y vinculados, de una u otra manera, a los procesos modernizadores. Para nuestro caso tomamos como referencia principal el libro de Camilo Andrés Monje Pulido (2011), que se concentra en el caso bogotano.

deportivo (Arias, 2007: 14). Algunas de las memorias de las figuras del momento recuerdan la Bogotá del medio siglo como un lugar de “auge cultural”, aunque en realidad la dinámica se concentraba en unas pocas cuadras de su centro geográfico, que iban “de la carrera octava a la carrera quinta y de la calle diez a la calle dieciséis”, unas “pocas manzanas” que “han soportado toda la historia del país desde La Colonia” (Camacho *et al.*, 2009). El entonces joven Eduardo Gómez (1932), poeta, crítico literario y quien hacía parte de la dirigencia de la Federación de Estudiantes Colombianos (FEC), recién llegado a la capital desde la provincia (Miraflores, Boyacá), recuerda que

Se habían fundado recientemente dos grandes librerías, la Buchholz y La Central, por libreros europeos. Esas dos librerías dieron lugar a una serie de innovaciones porque se trataba de libreros muy cultos. El señor Buchholz (dueño de otras librerías fuera de Colombia) inauguró también una galería de arte e inició la publicación de la revista *Eco*, donde se daban a conocer textos de alta calidad literaria (muchos de ellos traducidos especialmente). Además, tanto la librería Buchholz como La Central (que también inauguró una importante galería de arte) traían libros en alemán por encargo, y la galería de la Central estaba asesorada por Casimiro Eiger, un crítico de artes plásticas que inició en la prensa un tipo de crítica especializada y muy bien fundamentada, inexistente hasta ese momento en nuestro medio. Casi simultáneamente, había llegado al país la argentina Marta Traba, quien acababa de realizar estudios en París y se convirtió muy pronto (debido a sus amplios conocimientos de las artes plásticas modernas) en la crítica más influyente en el arte colombiano. A ella se debió el descubrimiento y difusión de una serie de artistas como Obregón, Botero, Grau, Ramírez Villamizar, Negret, y otros, que en ese momento estaban comenzando.<sup>6</sup>

Si se compara con otras capitales latinoamericanas como Ciudad de México, Buenos Aires o São Paulo, la densidad demográfica y la dinámica de Bogotá eran mucho menores pero, en contraste con el resto del país, representaba una diferencia significativa. La capital era el centro del poder político y administrativo, además del primer escenario en materia cultural, intelectual, editorial y periodística, razón por la cual tenía el rimbombante apodo de “Atenas del sur” y resultaba atractiva para jóvenes de provincia, interesados en la política nacional o en su desarrollo como escritores, artistas o intelectuales. Vale subrayar que esto no es óbice para reconocer

<sup>6</sup> Entrevista a Eduardo Gómez (2016).

que ciudades intermedias como las ya mencionadas: Medellín, Cali o Barranquilla, habían sido el primer peldaño para la movilidad social. Por ejemplo, Medellín, fundada a fines del siglo xvii (1675), tuvo un pujante desarrollo de la industria fabril que llegó a apuntalar la industrialización nacional, lo que favoreció el flujo poblacional desplazado del campo a esta ciudad, no solo por el éxodo generado por la violencia rural que desde fines de los años treinta aquejaba al país y por búsquedas laborales, sino también por la aspiración de ascenso social de las élites de provincia que veían en esa ciudad pujante una opción para la educación de sus hijos; así que Medellín fue escenario vivaz en los años cuarenta para “intelectuales-escritores”, poetas y poetisas.<sup>7</sup>

Pero Bogotá representaba un peldaño superior en la escala de ascenso social, pues el país respondía a la tradicional división entre el centro letrado y la intelectualidad “menor” de provincia, idea que incluso llegó a sustentarse por determinismos geográficos y climáticos que contrastaban el frío de la capital con la calidez de otras ciudades (Urrego, 2002). Justamente las memorias de varios antioqueños aluden a esta suerte de desplazamiento obligado hacia la capital que no siempre recibía hospitalariamente a los provincianos. En las coloquiales memorias del antioqueño expresidente conservador Belisario Betancur (1923-2018), quien llegó a Bogotá en 1947 cuando iniciaba su carrera como periodista, se menciona el “famoso exilio bogotano” porque su caso era semejante al de otros contertulios de sus sociabilidades intelectuales en Medellín: “Aterrícé en una ciudad fría, metafísica, lluviosa, envuelta en niebla. Si tuviera que definir aquella Bogotá con un solo vocablo, usaría la palabra *hosca*” (Betancur, 1994: 43). En otro espectro ideológico, el entonces joven Ramiro Montoya (1934), estudiante de Derecho de la Universidad de Antioquia, participante de la FEC y posteriormente del Movimiento Recuperación Liberal (luego llamado Movimiento de Revolución Liberal, MRL), se desplazó de Medellín a Bogotá por las oportunidades intelectuales y editoriales que la capital revestía. Mientras el historiador Luis Antonio Restrepo (1938-2002), joven intelectual de izquierda, aduce razones semejantes para la “diáspora paisa”, de la que él y su contertulio, el también historiador Álvaro Tirado

<sup>7</sup> Gloria Patricia Vélez Gómez y Marilyn Mildred Gómez Arango (2008), desarrollaron una investigación de grado en la que mostraron con detalle que Medellín había representado un primer peldaño en la movilidad social de los que ellas tipifican como “intelectuales-escritores” nacidos en los años treinta como Manuel Mejía Vallejo, Ciro Mendiá, Mario Rivero, Elkin Restrepo, Otto Morales Benítez, Oscar Hernández, Carlos Castro Saavedra, Fernando González, Gonzalo Arango, además de algunas mujeres como Rocío Vélez, María Elena Uribe de Estrada o Pubenza Restrepo de Hoyos.

Mejía (1940), hicieron parte principiando los años sesenta. Estanislao Zuleta (1935-1990), por su parte, llegaba a la capital desde provincia por las razones intelectuales y políticas de sus contemporáneos, al tiempo que para desarrollar sus primeras (y fugaces) experiencias laborales en instituciones formales como el Instituto Colombiano de Investigaciones Históricas y poco después vincularse como investigador social en la División Técnica de la Seguridad Social Campesina, la cual era una dependencia del Ministerio de Trabajo.<sup>8</sup>

Ahora, estos jóvenes intelectuales que se desplazaban a la capital desde Medellín ya habían tenido en la provincia sus primeras experiencias de sociabilidad intelectual informal en cafés ciudadanos, pues lo cierto es que en Antioquia los intelectuales-escritores desde fines del siglo XIX se caracterizaron por prácticas de tipo bohemio como esta de habitar cafés, fondas y bares. En esta línea, podemos sumar el ilustrativo y detallado testimonio del intelectual y escritor Mario Arrubla (1936-2020), quien había hecho el mismo tránsito Medellín-Bogotá:

Nosotros conocimos cafés en Medellín (el Zoratama y la Bastilla) y en Bogotá. Eran lugares de tertulias intelectuales, allí nos encontrábamos para hablar de libros, de política (incluyendo “conspiraciones” y creación de grupos de acción que relacionaran a estudiantes e intelectuales con obreros: Movimiento Obrero-Estudiantil en Medellín, bastante activo, con su periódico “Crisis”; Movimiento Obrero-Intelectual en Bogotá, creador del periódico “Junio”). En los cafés mencionados conocí a todos mis amigos de adolescencia amantes de los libros, la cultura en general, la política. Muchas cosas tuvieron su centro en los cafés, una vida conversacional, conspirativa, hasta “analítico-terapéutica” (freudismo salvaje), soñadora en todos los planos —acciones políticas por realizar, libros o cuentos en marcha o por escribir (algunos merecidamente afamados, como “La colegiala de la mirada oblicua”). ¿Quién es ese que dice que en Medellín o Bogotá no existieron los mejores cafés del mundo? Porque no he hablado del PRINCIPAL, el más completo, el irrepentible: mesas en la primera planta, mogollas y café con leche al desayuno, café tinto el resto del día, licores (y trifulcas) al anochecer, a más de una amplia planta de meseras que, cuando salíamos por un rato, cuidaban los libros que podíamos dejar confiadamente en nuestras mesas; peluquería, billares, mesas de ajedrez en la segunda planta. Era el

<sup>8</sup> De algunas de estas personalidades pueden hallarse perfiles biográficos en: *Diccionario Biográfico de las Izquierdas Latinoamericanas*, disponible en: <http://diccionario.cedinci.org/>

café Lutecia de Bogotá, situado en la calle 17, costado sur, a media cuadra de la carrera Séptima hacia el oriente y a algunos metros en el mismo sentido de la Gran Colombia, la inolvidable librería de Mora y Andonoff —donde durante años ejercieron informalmente su cátedra, para quien quisiera oírlos, todólogos y brillantes comentaristas como Darío Mesa y Estanislao Zuleta. No acabaría de dar la lista (como un centenar) de contertulios intelectuales y políticos que formaban la barra del café Lutecia.<sup>9</sup>

Estos intelectuales con los que hemos ejemplificado el proceso, y algunos de los cuales constituyen el “nosotros” al que se alude en este último testimonio, se habían abierto a la vida pública en plena coyuntura política que llevó al derrocamiento de la dictadura de Gustavo Rojas Pinilla, animada por un Frente Civil en el que confluían la clase dirigente y el movimiento estudiantil. A nombre de una democracia social, el estudiantado y los jóvenes intelectuales que se politizaban habían roto relaciones con el gobierno militar que llevó a cabo represiones en las que fueron asesinados estudiantes. En oposición a ello, tenían un horizonte de democracia popular que en ese momento implicaba una articulación entre el estudiantado y el movimiento obrero, lo que les hacía afines a un sector disidente del liberalismo (que llegaría a agruparse en el ya mencionado MRL) o al comunismo criollo:

En 1955, muchos tenían la sensación de que el país estaba hundido en un verdadero pantano histórico. Los dirigentes de los partidos tradicionales llevaban a cabo las primeras gestiones para retomar el poder con el menor sacrificio de sus privilegios. Entre los intelectuales, algunos colaboraban con la dictadura, otros seguían las directrices de sus jefes políticos, mientras que una minoría, consciente de la necesidad de una transformación de la estructura socioeconómica del país, planteaban otra salida. Sectores liberales de izquierda y el partido comunista representaron una posición alternativa (Restrepo, 1989: 85).

Durante un brevísimo lapso de tiempo, inmediatamente posterior a la caída de Rojas Pinilla, este Frente Civil desató expectativas entre esa juventud, pero rápidamente percibieron el acuerdo del Frente Nacional como un pacto de elites que, aunque se proponía pacificar el país y, por ende, traía consigo banderas de la democracia y de la restauración institucional, dejaba por fuera grandes sectores de la sociedad. La juventud

<sup>9</sup> Testimonio de Mario Arrubla (2012).



que a mediados del siglo buscaba ingresar a la *comunidad intelectual* en la que se configuraba un proceso de autonomización del campo, traía consigo el impacto de esta coyuntura nacional, lo que unido al nuevo clima de época que se gestaba, iría generando divergencias generacionales y la configuración de un nuevo tipo de intelectual.<sup>10</sup>

Esto no es óbice para reconocer que estos espacios de sociabilidad a los que hemos aludido y algunas prácticas afines den cuenta de convergencias que sí existieron entre estos jóvenes intelectuales y los más posicionados, pese a que en su propio presente los actores exhibieron sus diferencias como antagónicas. Pero a la postre, el periodo quedó marcado por una *comunidad intelectual* no comunizada y cuyos miembros tuvieron desavenencias profundas, a la manera de una “familia mal avenida”, como lo expresara uno de los entrevistados.

## REVISTAS, COMPROMISOS Y DIVERGENCIAS

La Bogotá a la que llegaban algunos de estos jóvenes intelectuales de provincia era, en cierta medida, la ciudad de la intelectualidad que promovía la emblemática revista *Mito*. Puede decirse que esta publicación era una de las principales plataformas (ciudadinas) desde la cual se pronunciaban los intelectuales que para mediados de los años cincuenta ya habían sido instaurados como figuras de referencia nacional.<sup>11</sup> *Mito* fue fundada y dirigida por Jorge Gaitán Durán (1924-1962)

<sup>10</sup> Loaiza (2004) o Urrego (2002) son ejemplos de trabajos que dan cuenta de esta autonomización en el país; este último habla de que la intelectualidad conformó una comunidad con sus propias reglas.

<sup>11</sup> La comunidad intelectual del medio siglo estaba principalmente compuesta por hombres, por lo menos estudiada desde el observatorio que hemos elegido: los cafés y las materialidades revisteriles asociadas, de una u otra manera, a ellos. Allí, las mujeres aparecen como *outsider* u, ocasionalmente, en cargos administrativos y operativos de las revistas. Las fuentes orales dan cuenta del papel de María del Rosario Ortiz Santos en la gestión de recursos para la revista *Junio*, y la revista *Esquemas* reconoce a Marina González como parte de su equipo en la función de “publicidad”. Para la década de 1970 esta situación empezó a modificarse, pues algunos de los círculos intelectuales se recompusieron con la presencia de las “esposas”, las casas fueron nuevos escenarios de sociabilidad intelectual e incluso hay algunos casos pioneros de sociabilidades con un enfoque feminista de primera generación como es el caso de la revista *Cuéntame tu vida* que inició bajo la dirección de Yolanda González Paciotti en 1978. La investigación de Gloria Patricia Vélez Gómez y Marilyn Mildred Gómez Arango (2008) sobre la intelectualidad de Medellín en los años treinta contiene una hipótesis que podría ser productiva para examinar las dinámicas del campo intelectual del medio siglo: las

en compañía de Hernando Valencia Goelkel (1928-2004) y realizaba la intervención pública que le había sido vedada a los intelectuales un poco mayores durante la Violencia.<sup>12</sup> En esos tiempos de crisis institucional y represión que atravesó Colombia desde fines de los cuarenta, muchos intelectuales vivieron el exilio, quedaron en el ostracismo al interior del país o concentraron sus esfuerzos en la resistencia y denuncia del régimen conservador. Algunos partícipes del llamado Grupo *Mito* se contaban entre quienes concretaron ese exilio que traía una vivencia ambivalente: novedad y aventura combinada con soledad, desarraigo y añoranza (Builes, 2012); de hecho la revista misma resultó producto del exilio porque se fue concibiendo en el contacto de algunos de sus promotores y colaboradores en Europa.

Puede afirmarse también que ella fue nucleamiento del *intelectual crítico* y “cosmopolita” comprometido con la modernización, pues la revista combinaba crítica literaria y crítica social; recepción de la producción internacional y plataforma para la producción local (López, 2014). Indudablemente *Mito* concretó 42 números de gran calidad en forma y contenido desde abril-mayo de 1955 hasta marzo-junio de 1962 —cuando en un accidente aéreo murió Gaitán Durán a los 38 años—; tuvo un nutrido y prestigioso grupo de colaboradores nacionales e internacionales,<sup>13</sup> e

---

mujeres intelectuales estaban presentes pero sus espacios de sociabilidad eran otros y su estudio requeriría especificarlos.

<sup>12</sup> La Violencia fue un periodo de enfrentamiento bipartidista que se inició hacia 1946 pero se instauró más definitivamente desde el 9 de abril de 1948, cuando acaeció una revuelta popular conocida como el “Bogotazo” a raíz del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán. Fue un periodo aciago, sobre todo en las zonas rurales, pero también se “desestructuraron” y “conservatizaron” espacios políticos y académicos donde había actuado la intelectualidad en años anteriores (Núñez Espinel, 2014). Espacios más informales no estuvieron exentos de esta persecución, tal como lo recuerdan las memorias producidas por Camacho, *et al.* (2009) sobre el café El Automático, en donde varios entrevistados aluden a las incursiones del Sistema de Información Colombiano (sic) allí, así como la puesta en prisión de algunos de sus asiduos: León de Greiff, Marco Ospina, Antonio Montaña o Jorge Zalamea, acusados de supuesta conspiración contra el gobierno ultraconservador de Mariano Ospina Pérez (1946-1950).

<sup>13</sup> En el primer número de la revista aparece un comité patrocinador integrado por Vicente Aleixandre, Luis Cardoza y Aragón, Carlos Drummond de Andrade, León de Greiff, Octavio Paz y Alfonso Reyes, además de Eduardo Zalamea Borda (a partir del segundo número), Ricardo E. Latham (a partir del tercer número) y Jorge Luis Borges (en el número 31). A propósito de los colaboradores, Francy Liliana Moreno Herrera (2017) analiza que fue una estrategia de los promotores de la revista para respaldarse internacionalmente y evitar que sobre ellos cayera la censura que habían vivido revistas y grupos intelectuales precedentes como fue el caso de *Crítica* (19 de octubre de 1948-1950).

implicó un “salto en la historia cultural de Colombia” al decir del filósofo Rafael Gutiérrez Girardot que también estuvo entre sus colaboradores:

*Mito* desenmascaró indirectamente a los figurones intelectuales de la política, al historiador de legajos canónicos y jurídicos, al ensayista florido, a los poetas para veladas escolares, a los sociólogos predicadores de encíclicas, a los críticos lacrimosos, en suma, a la poderosa *infraestructura* cultural que satisfacía las necesidades ornamentales del retroprogresismo y que a su vez, complementariamente, tenía al país atado a concepciones de la vida y de la cultura en nada diferentes de las que dominaban entonces en cualquier villorio carpetovetónico [...]. Su principio y su medida fueron el rigor en el trabajo intelectual, una sinceridad robespierrana, una voluntad insobornable de claridad, en suma, *crítica y conciencia de la función del intelectual* (Gutiérrez Girardot, 1982: 535, el subrayado es mío).

Revista y grupo intelectual están geográficamente situados: los cafés del centro de Bogotá fueron escenario de encuentro para quienes impulsaban *Mito*. Específicamente estaban el café La Paz (en calle 19 con carrera séptima) y El Automático (ubicado en la Avenida Jiménez número 5-28). El primero se encontraba muy cerca de las librerías La Gran Colombia y La Francesa, así como del periódico *La Calle*, expresión cultural del naciente MRL. Por su parte El Automático surgió a fines de los años cuarenta y ha sido objeto de múltiples menciones en memorias y trabajos de la época porque se constituyó en un punto de referencia obligado para intelectuales y artistas. Allende las diferencias generacionales que permiten distinguir entre los intelectuales más establecidos como el núcleo del Grupo Mito y los más jóvenes —tanto los situados desde el comienzo en la capital como quienes llegaban a ella desde la provincia—, se llevaban a cabo prácticas afines relativas al oficio o estilos de entretenimiento: el ajedrez, por ejemplo. Tanto El Automático como el ya mencionado Lutecia o Excelsior servían para el adelanto de torneos de ajedrez, tal como lo recuerda Boris de Greiff (1930-2011), quien llegaría a ser un maestro de este deporte:

Por aquella época había mucha tertulia de ajedrez en los cafés de intelectuales. Es famoso el Café Automático en la avenida Jiménez con carrera sexta, cuyo segundo piso era un club de ajedrez; había quince mesas de ajedrez y en el primer piso se reunían los intelectuales más importantes de entonces, que también jugaban ajedrez. Yo recuerdo que allá iba Eduardo Zalamea Borda [1907-1963], cuando era muy joven, y un cronista de *El*

*Espectador*: Gabriel García Márquez [1927-2014] [...]. Los amigos de Estanislao en esas tertulias eran Mario Arrubla, que también jugaba ajedrez, los médicos Augusto Corredor y José Yunis, que habían sido compañeros, y Óscar Espinosa [1933], un médico psiquiatra; en fin, éramos todos más o menos una misma generación, aunque Estanislao era cinco años menor que yo, pero en ese entonces las diferencias de edad no se notaban mucho. Nosotros compartíamos con él tertulias en torno al ajedrez, en torno a la música [clásica] y, a veces en torno a algunas cosas de la literatura (De Greiff, 2015: 71).

Boris era hijo del poeta León de Greiff (1895-1976), figura señera de la vida intelectual colombiana porque “supo asimilar el modernismo dariano” y abrir puertas al “humanismo conservador” dominante en la cultura colombiana (Gutiérrez Girardot, 1982: 490). Aunque un poco mayor, el poeta era cercano al Grupo Mito y figura protagónica en *El Automático* de entonces.

Así pues, los cafés pueden entenderse como sitios de encuentro, vivos y cambiantes, que eran expresión de la sociedad en la que se vivía y también punta de lanza para los cambios que se efectuaban. Siguiendo otros referentes, Monje Pulido (2011) los llama “sitios ambiguos”, por ser espacios de contraste entre lo público y lo privado, lo igualitario y lo excluyente, lo colectivo y lo íntimo, pero quizás sea más oportuno llamarlos escenarios porosos porque esos contrastes no son contradicciones sino expresión viva de las transiciones que tenían lugar. Se trataba de un clima de *época* internacional que interpelaba las costumbres, daba lugar a lo contracultural, posibilitaba la configuración de un nuevo sistema de creencias y se abría a la “piedra de toque” del medio siglo, la revolución (Gilman, 2003: 19).

A diferencia de los salones burgueses precedentes, los cafés tenían un sentido *público*, pero lo cierto es que en su interior se ponían en juego sociabilidades a las que no se ingresaba *per se* sino de acuerdo a unos códigos no explícitos: ser invitado por alguno de los contertulios o abrirse camino con unas temáticas de interés específicas. Eran espacios propios de la modernidad por su sentido *igualitario*, pero en realidad la presencia era principalmente masculina, aunque ya se dejaban ver las transgresiones de mujeres que pugnaban por ocupar esos espacios. En *El Automático* se suele recordar la presencia de Emilia Pardo, de quien las memorias orales dicen que era una liberal que trabajaba en diarios del momento como *El Siglo* y *El Espectador* (que junto con *El Tiempo* estaban ubicados en la misma zona del centro de Bogotá); también la

presencia de la pintora Lucy Tejada, que para entonces se desempeñaba como empleada del Ministerio de Educación, ubicado en el mismo edificio del café; ambas eran contemporáneas y cercanas a León de Greiff (Camacho *et al.*, 2009). Y aunque los cafés estaban dispuestos para la vida *colectiva*, soportaban y propiciaban momentos de intimidad y soledad propios de la escritura.

Para el caso de quienes iniciaban su incursión en la *comunidad intelectual* a mediados del siglo, los cafés fueron indiscutiblemente escenario de formación, pues allí la circulación y recepción de las ideas estaba en primera línea. La profesionalización de las ciencias sociales en el país apenas iniciaba su camino y algunos intelectuales aún pudieron permitirse una formación autodidacta, por fuera de la especialización académica, y alcanzar una posición como figuras de referencia nacional. Entre los casos estudiados hallamos los ejemplos de Mario Arrubla y Estanislao Zuleta, dos intelectuales de izquierda ya mencionados que llegaron a desarrollar una significativa recepción del marxismo humanista de cuño sartreano en los años sesenta con influjo sobre los grupos político intelectuales de décadas posteriores y muy especialmente la de los años setenta y ochenta (Jaramillo Restrepo, 2019a). Pero también está el caso de jóvenes intelectuales que se profesionalizaban en las universidades de entonces y que encontraban en los cafés escenarios de circulación de ideas que no tenían lugar en el claustro: Sartre y el marxismo fueron dos casos.

El entonces estudiante de filosofía Humberto Molina (1943), quien llegaría a ser dirigente socialista en los años setenta, recuerda que a inicios de los años sesenta el existencialismo que tenía lugar en la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional era básicamente heideggeriano, mientras que la escuela francesa era ya subvalorada por los profesores, con excepción del profesor Ramón Pérez Mantilla (1926-2008), que mantenía la circulación de Sartre al interior de la institución.<sup>14</sup> En cambio, en los cafés bogotanos, Sartre y la literatura de la posguerra francesa estaban a la orden del día. Eduardo Gómez evoca que en algunas ocasiones leían en el café La Paz traducciones simultáneas de artículos de *Les Temps Modernes* con Estanislao Zuleta y otros contertulios, y que en ese escenario se llevaban a cabo lecturas y conversaciones apasionadas de los cuentos *El Muro*, la novela *La Náusea*, la obra de teatro *Las manos sucias*, así como del ensayo *¿Qué es la literatura?* de Sartre, lo que le abrió “amplios horizontes” (Gómez, 2007: 58-59).

<sup>14</sup> Entrevista a Humberto Molina (2016).

También el Grupo Mito mostró una intensa recepción de la producción gala. Tanto la revista como su fundador resonaban con una concepción humanista de la literatura donde ética y estética se conjugan; en el sentido sartreano no se trataba de una literatura panfletaria sino de una que demanda al escritor que ejerza su libertad asumiendo un compromiso existencial, manifiesto tanto en sus acciones como en sus palabras (Sartre, 1962). En la revista *Mito* el Sartre del “compromiso libre” campea a través de referencias directas o indirectas, e incluso el ascendiente es visible en la gráfica editorial asumida por los colombianos (Kawakami, 2016). De la mano de esta recepción, la función de renovación cultural que llevaba a cabo este núcleo intelectual era muy significativa, porque interpelaba la hegemonía del hispanismo conservador que había padecido el país y que a fines de los años cuarenta implicó una vinculación con el franquismo por parte de la contraofensiva conservadora (Gutiérrez Girardot, 1982).

Este era un rasgo de afinidad entre los jóvenes intelectuales que incursionaban en estas sociabilidades del centro de la capital, pues los intelectuales más reconocidos, como los de *Mito*, al decir de Carlos Rincón, ayudaban a redefinir “los límites de los temas que podían tratarse en publicaciones culturales en Colombia. Ahora se incluían, al lado de violencia y explotación, tres términos muy disímiles: impunidad, desigualdad y *sexualidad*” (2014: 21). Rincón y su colega contemporáneo, Francisco Posada (1934-1970), eran jóvenes intelectuales de entonces que se formaban en filosofía y también eran habituales en las tertulias intelectuales de los cafés del centro de la ciudad. Inicialmente habían sido cercanos y colaboradores de *Mito*, pero pronto se toparon con puntos de divergencia que se concretaron en la producción de su propia revista, *Tierra Firme*. Divergencias que no fueron óbice para que profundizaran en temáticas relativas a la sexualidad, los sentimientos y el psicoanálisis, que se habían puesto en la escena pública a través de *Mito*, pero que los más jóvenes veían necesario conectar con el marxismo. *Tierra Firme* (1958-1959) concretó cuatro números en tres entregas, con Francisco Posada como director y Carlos Rincón como secretario, apadrinados por los promotores de *Mito* según las memorias de este último.

Otro de los jóvenes intelectuales, Humberto Molina, reconstruyó, *a posteriori*, su recuerdo de *Mito* en términos similares:

Era la discusión con toda esa escuela de la cultura hispánica, fueron los que introdujeron en gran medida la cultura francesa pero contemporánea, no la del siglo XIX que era de la cual aquí vivíamos en la primera década del

siglo xx: una cultura francesa hasta Madame Bovary, porque ya Madame Bovary era muy inmoral y entonces de ahí no se pasaba [...]. Algunos de ellos eran demasiado enemigos de la iglesia como para poder ser leídos y como estamos en pleno franquismo colombiano esto tenía una importancia enorme.<sup>15</sup>

Luis Antonio Restrepo dejó una memoria del vínculo intergeneracional existente, al tiempo que matizó las divergencias: “no teníamos relación directa con el grupo, que era de gente mucho mayor, y *gente pues muy linajuda* de *Mito*, pero digamos, yo era un lector empedernido de *Mito*”, aunque analiza que Gaitán Durán optaba por un “humanismo sartreano de primera generación”, mientras que sus contemporáneos ya empezaban a inclinarse por un Sartre fundamentalmente marxista (Restrepo, *et al.*, 2004). Dicha distinción fue explícita en la revista *Estrategia* (1962-1964), fundada por Mario Arrubla y Estanislao Zuleta, la cual contó con tres números, el primero en forma de periódico y los otros dos en formato de revista. La publicación salió a la luz justo cuando falleció Gaitán Durán y sus promotores, a más de unirse al luto nacional por esta pérdida, manifestaron que el fundador de *Mito* se mantenía “atento al curso de los acontecimientos, en los que no desdeñaba participar, aunque trataba de escapar a las grandes disyuntivas contemporáneas y confundía a menudo las posiciones radicales con el maniqueísmo”.<sup>16</sup>

Así, frente a la intelectualidad crítica del medio siglo que hemos ejemplificado con el Grupo Mito, se abrió paso una de tipo contestatario que nació junto con la experiencia de la nueva izquierda y dio lugar a lo que vengo nombrando como *nueva izquierda intelectual* (Jaramillo Restrepo, 2019a) inspirada en otros trabajos de la época para Latinoamérica, como por ejemplo la obra sobre los años sesenta argentinos de Oscar Terán (2013). Muchos de estos jóvenes con los que he ejemplificado en este capítulo conformarían este nuevo sector de la *intelli-*

<sup>15</sup> Entrevista a Humberto Molina (2016). Numerosos autores han hecho alusión al peso del hispanismo en la cultura colombiana. Si bien esto es efecto de la colonización española que impactó buena parte de América Latina, en Colombia se dio un armado sistemático durante la República con lo que se conoce como el modelo político de la *Regeneración* liderado por Rafael Núñez y Miguel Antonio Caro. La constitución de 1886 es una plasmación de esto y estuvo vigente —con enmiendas— hasta la constituyente de 1991. Una de las expresiones culturales de este hispanismo fue la política de prohibición de libros propia de la Inquisición española, pero que en Colombia se postergó hasta fines de los años cincuenta cuando se puso en funcionamiento el modelo del Frente Nacional.

<sup>16</sup> “Jorge Gaitán Durán” (1962), *Estrategia*, 1: 1.

*gentsia* y en su proceso de distinción respecto de la generación previa se hicieron a sus propios escenarios de sociabilidad y dieron lugar a sus propios proyectos revisteriles. De esta manera la red intelectual se fue bifurcando, armando facciones y terminó por fragmentarse; y es que el síntoma más general de fragmentación de las izquierdas, diagnosticado por historiadores como Marco Palacios (1995), podría extenderse a la *comunidad intelectual* del periodo.

En un esfuerzo por empezar a construir un mapa de las revistas político-intelectuales del periodo, especialmente aquellas asociadas a la *nueva izquierda intelectual*, he argumentado que revistas modernizadoras como *Mito* cumplieron una función bisagra porque generaron condiciones de posibilidad para que se configurara la red de revistas de la nueva izquierda intelectual, que fue modesta en los años sesenta, pero se hizo un poco más densa en la década siguiente (Jaramillo Restrepo, 2021). Estas revistas fueron extensión, en la forma de palabra escrita, de los encuentros y debates que tenían lugar en los escenarios de sociabilidad ciudadanos: “al igual que los comensales en el café, las publicaciones dialogaban entre ellas, tal vez en diferentes tiempos y con diferentes especialidades pero siempre poniendo sobre la mesa discusiones importantes en las diferentes áreas del conocimiento” (Camacho *et al.*, 2009: 83). Ellas materializaron recepciones, exhibieron subjetividades políticas emergentes y pusieron en evidencia diversas familias políticas de izquierdas. Fueron revistas cuyos promotores se afirmaban como intelectuales pero optaban decididamente por la política y la acción, a diferencia de la opción ético-estética más propia de los *críticos*. Entre los diversos debates teóricos (con repercusiones prácticas) que se plasmaron en las páginas de esas revistas, circularon visiones a propósito de la función intelectual y lo que se conceptuaba como tal.

## INTELECTUALES: CRÍTICA O REVOLUCIONES

Ellos, los intelectuales de entonces (varones en su gran mayoría como ya se ha mencionado) fueron conscientes de que transitaban una época de fuertes cambios: “todos estaban de acuerdo en que una época había terminado” (Gilard, 1984: 931), y consideraron que su papel era comprender la sociedad de la que hacían parte. Las revistas dejan ver huellas de este esfuerzo, pues múltiples artículos analizan “la realidad colombiana” desde distintos componentes: la superproducción cafetera y su comercio internacional, las reformas agrarias en la región, el papel de los partidos tradicionales en la historia del país, la caracterización de la burguesía



(nacionalista o imperialista) y su comportamiento como clase, la opción desarrollista para encarar el “subdesarrollo” del país en contraste con alguna opción revolucionaria que superara las condiciones de dependencia o el papel “ideologizador” de la prensa tradicional que justificaba la emergencia de publicaciones alternativas.<sup>17</sup> Estos componentes hacían parte de la agenda que había establecido la intelectualidad del medio siglo, tal como lo puntualiza el historiador Luis Antonio Restrepo, protagonista de esta generación: dicha agenda fue instalada desde los tiempos de la intelectualidad *crítica* como la del Grupo Mito, pero se consolidó en los años sesenta y setenta por parte de la intelectualidad sucedánea (1989).

Esta *intelligentsia* devenía sujeto al reconocerse como comunidad y asumir la función práctica de desarrollar esta agenda, pues tomaba distancia de una posición contemplativa denunciando el “humanismo” o rechazando la típica imagen del estudiante en su “torre de marfil”, concentrado en los asuntos gremiales y no en los aspectos estructurales. Pero la *intelligentsia* también era objeto de análisis para los propios actores. Es decir, lo que hallamos son intelectuales debatiendo sobre lo que deben ser y hacer los intelectuales en un estilo que, en muchas ocasiones, era de tipo prescriptivo. La función intelectual estaba, pues, en disputa. Dicha disputa era intergeneracional, pero no se trataba sólo de una operación de competencia al estilo de lo analizado por Pierre Bourdieu (2002), por la cual el intelectual emergente se apoya en un intelectual consagrado y, al mismo tiempo, busca desplazarlo, sino que tendría que leerse como la emergencia de una “estructura de sentimientos” que se correspondía con un nuevo estilo intelectual que pretendía renovar las reglas del oficio intelectual y no sólo inscribirse en las ya existentes (Williams, 1980).

Además de la supremacía de la política sobre las opciones éticas o estéticas y la reivindicación de la función intelectual como un quehacer práctico con incidencia en los destinos colectivos, los jóvenes intelectuales —esos que surgían en sincronía con la nueva izquierda— reprochaban a la burguesía en el plano político y en el plano cultural, siendo justamente esta una de las líneas divisorias con la intelectualidad crítica

<sup>17</sup> Los artículos de la revista *Estrategia* son un importante ejemplo de esto, sobre todo aquellos realizados por el intelectual Mario Arrubla y que luego fueron publicados como libro bajo el título *Estudios sobre el subdesarrollo colombiano* editado en catorce ocasiones entre 1969 y 1984 (las primeras veces por las editoriales Oveja Negra y Tigre de Papel, y luego por La Carreta) constituyéndose en uno de los libros políticos de izquierda más influyentes. Pero también se podrían mencionar los artículos pioneros del intelectual Darío Mesa o las obras de Francisco Posada Díaz. Una referencia de este último es Olmedo (1958).

cercana a la clase dirigente y ejemplificada aquí por el Grupo Mito. En un estilo sutilmente desafiante, y bajo las iniciales A. B., en la revista *Tierra Firme* hacían eco de la pregunta de si la labor desarrollada por la generación de Pedro Gómez Valderrama sería “capaz de asumir con plenitud la solución histórica, que se [le] plantea a Colombia como única forma de superar la actual y dramática crisis”, merced a su “formación”, sus “anhelos expresados” y su “situación social”.<sup>18</sup>

Otros jóvenes intelectuales, entre los que se cuentan los afines al Grupo Estrategia, eran más confrontativos, pese a que se servían de *Mito*. Para aquellos, los *críticos* representaban una burguesía de la que tomaban distancia y distinguían entre el universalismo por el que ellos propendían y el “cosmopolitismo” que leían en los *críticos* de *Mito*, tal como se deja ver en este testimonio:

Eduardo Gómez: No. La relación con *Mito* era bastante distante de hecho, porque si bien había una simpatía y nosotros leíamos a *Mito* y a veces se lo comentábamos a Gaitán, nos creíamos más avanzados [...] porque aún era una revista un poco cosmopolita.

Sandra Jaramillo Restrepo: ¿Era poco cosmopolita?

EG: No. Muy cosmopolita, lo cual era una crítica implícita.

SJR: ¿Por qué?

EG: Pues porque el cosmopolitismo no es lo mismo que el internacionalismo. El cosmopolitismo es una posición un poco frívola o un poco superficial en el sentido de que no hay todavía una acción política organizada, una acción hacia el cambio profundo, sino que coge autores de aquí y de allá y oscila entre muchas corrientes sin comprometerse con ninguna. Era una revista brillante pero que nosotros no respetábamos mucho. Y que, sin embargo, aportó mucho [...]. *Mito* fue muy importante pero nosotros en nuestra arrogancia juvenil sartreana la mirábamos un poco por encima del hombro, pero la leíamos.<sup>19</sup>

Esta toma de distancia también se explica como efecto de la lectura de la historia del país y particularmente del papel de la llamada burguesía nacional en el régimen frentenacionalista. Para los intelectuales afines a la nueva izquierda, la burguesía colombiana estaba lejos de ser motor

<sup>18</sup> En “addenda”, firmada por A. B., del artículo de C. R. y J. M., “Georg Lukács, ‘Ensayo sobre el *Hyperion* de Hölderlin’”, *Tierra Firme*, 4 (1958): 279-281. Y se refiere a la conferencia de Pedro Gómez Valderrama titulada “Nosotros y la libertad” publicada en *Cuadernos de la Casa de los Derechos*, 93.

<sup>19</sup> Entrevista a Eduardo Gómez (en Jaramillo Restrepo, 2019b).

del desarrollo, tal como algunos sectores lo consideraban, pues la interpretaban como afín al imperialismo. En contraste, la cercanía de los *críticos* a la clase dirigente, especialmente a un sector de inclinación desarrollista que desde el liberalismo político promovía una visión “socializante” o de liberalismo popular marcaba un distanciamiento. La operación crítica de Jorge Gaitán Durán —en la que caracterizaba como “revolución invisible” la promesa reformista del régimen, pues se proyectaba en un “vacío” al no tener en cuenta “la totalidad de la nación”—, no era suficiente para generar un acercamiento con los nuevos grupos intelectuales, máxime teniendo en cuenta su cercanía con el MRL (Gaitán Durán, 1999 [1959]: 36).

Pero difícil resulta no evocar de nuevo la referencia explícita que para estos nuevos grupos intelectuales representaba Sartre, específicamente en su rechazo a la burguesía de la que se sabía procedente: “en nombre de los principios que ella me ha inculcado, en nombre de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, proyecté sobre la burguesía un odio que no acabará sino conmigo” (Cohen-Solal, 1990: 435). Las declaraciones de Sartre sobre el marxismo como “insuperable filosofía de nuestro tiempo” que a la vez tenía que ser renovada mediante un “método” ofrecido por su propia propuesta existencialista, operaban como referencias teóricas para los nuevos intelectuales colombianos. Pero el estilo carismático del francés, junto con su actitud contestataria, de sexualidad libre, universalista, bohemia, su opción por una intelectualidad callejera y combatiente que no se satisfacía con la institución universitaria, servían de referente práctico.

Las intervenciones de los intelectuales colombianos fueron explícitas al respecto. Jorge Orlando Melo intervino a través de su revista universitaria, *Esquemas* (1961), y poco después a través de la propia *Estrategia*.<sup>20</sup> Específicamente socializó en el medio local el debate entre Maurice Merleau-Ponty y Jean-Paul Sartre con respecto de la Unión Soviética, derivando una distinción entre el intelectual más abstracto que priorizaba la “lucha con los dioses” y estaba representado por Merleau-Ponty, quien era “más profesoral, menos audaz”, y Sartre, para quien era prioritaria “la aproximación a lo concreto, a lo singular, a lo vivido” que evitara “una escisión entre la teoría y la práctica” que convierte “toda teoría en una ideología justificada, en una colección moribunda de esquemas alejados de

<sup>20</sup> *Esquemas* fue realizada en compañía entre Rubén Sierra, Germán Colmenares y Carlos J. María, miembros de la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional; hasta donde se ha podido establecer estuvo compuesta por cuatro números publicados a lo largo de 1961.

la vida”.<sup>21</sup> En esa misma línea Humberto Molina exponía en su propia revista, hecha en provincia, que el “verdadero” intelectual era el de izquierda, “solidario con las clases más oprimidas” y que entendía sus revistas “como actuación, como el consciente estudio de la realidad y de las posibilidades de vida humana en la sociedad”, tal como lo ejemplificaba “el grupo de ‘Les Temps Modernes’”. La plataforma de Molina era la revista *Diálogos* del Círculo Periodístico Universitario de Ibagué, departamento de Tolima, de la que se concretaron dos números durante 1963.<sup>22</sup> Él se ubicaba entre “los nuevos grupos de intelectuales”, quienes, junto con sus “respectivos órganos”, estaban “impulsados por la necesidad de tomar conciencia de su propia situación”, “asumir posiciones reales frente a la realidad” y expresarse “sin temor, especialmente el temor reverencial que nace del propio miedo y su inconformidad con nuestros mitos”.<sup>23</sup>

Como se mostraba antes, en los intelectuales *críticos* también operaba una recepción de Sartre, en términos teóricos y de estilo. Pero el suyo era el Sartre literato, esteta, filósofo, el Sartre previo al marxismo occidental y a obras como *Problemas de método* o *Crítica de la razón dialéctica*. De la mano de ese Sartre podían pronunciarse tan críticamente—como lo haría la nueva izquierda— frente a la intervención soviética en Hungría; aunque la crítica de los *críticos* no tenía como piedra de toque la vinculación con las clases más oprimidas, sino la ética propia de la dignidad humana y las libertades democráticas:

Nos preocupa que la intervención soviética contribuya a darles “buena conciencia” a todos aquellos que asistieron en silencio al lanzamiento de la bomba atómica en Hiroshima o a la violencia política en Colombia o al reciente asesinato de nueve refugiados políticos en la embajada de Haití en Cuba. El drama húngaro no es diferente de cualquier otro atentado contra la dignidad humana: debe ser vivido en la angustia, como un desgarramiento de la conciencia. Jean-Paul Sartre acaba de decir, a propósito de Hungría y de Suez: “Donde la verdad triunfa, el crimen es imposible; donde la verdad sucumbe, no pueden existir justicia, paz, ni libertad”.<sup>24</sup>

<sup>21</sup> *Esquemas*, 2: 19 y *Estrategia*, 3: 98-99, respectivamente.

<sup>22</sup> Pedro Rivera y Edgar Muñoz se presentaban como directores de *Diálogos*; Andrés Rocha como gerente y, además, se exhibía un nutrido consejo asesor en que se hallan los nombres de María Magdalena Pabón P., Belisario Carvajal C., Javier Cruz M., Iván Londoño, Milton Niño B. y Ramón Rodríguez R.

<sup>23</sup> *Diálogos*, 1: 22 y 29.

<sup>24</sup> *Mito*, 10: 233. Firmado por Jorge Gaitán Durán, Pedro Gómez Valderrama, Hernando Valencia Goelkel.

El hecho es que esta facción sartreana de los nuevos grupos intelectuales vivía, para inicios de los años sesenta, una radicalización —meramente discursiva— que implicaba toma de distancia con la generación precedente que se manifestaba en ideas, estilos y espacios de sociabilidad propios. Aunque en esas “tres cuadras” en las que transcurría buena parte de la dinámica intelectual bogotana se contaba con la librería La Gran Colombia, en donde “había una tertulia de la izquierda todos los días”;<sup>25</sup> algunos de ellos crearon una librería propia llamada La Tertulia, también ubicada en el centro de la capital (calle 19 #6-18), y que funcionaba como microclima para la discusión política y la circulación de las teorías críticas internacionales que se consideraban fundamentales para la acción política del momento. Aunque uno de sus participantes dice que no tenían “mucho iniciativa publicitaria” que los llevara a permanecer y a “manejar el mercadeo del negocio”, puede considerarse como un modesto antecedente de las editoriales de izquierda que serán obra novedosa de estos nuevos grupos intelectuales en los años setenta.<sup>26</sup>

La apropiación de los cafés también mostraba matices, pues estos nuevos grupos intelectuales que veían con escepticismo la burguesía hacían algunas incursiones en el mundillo del cafetín en donde el obrero, la prostituta y la música popular permitían un mayor acercamiento a las masas que les reclamaba su condición de intelectuales políticamente comprometidos. Vale recordar que la reapropiación de los cafés bogotanos después de los sucesos del 9 de abril de 1948 distinguía entre espacios para la intelectualidad, la política y el arrabal (Monje Pulido, 2011), pero anécdotas de la época o huellas textuales permiten observar una mayor porosidad de clase. El sociólogo Mario Arango manifestó ser testigo de una conferencia de Estanislao Zuleta hacia 1959, convocada por grupos de izquierda en Medellín, que se llevó a cabo en la librería la Nueva Cultura en el centro de Guayaquil, zona de confluencia social, de bohemia popular y de prostitución en la que estaban ubicados el mercado central y la estación de ferrocarril de Antioquia. Aunque se convocaba a una conferencia sobre Sartre, el bullicio externo en el que se dejaban oír unos tangos interrumpió el derrotero y el conferencista disertó sobre este género de la música popular y su poder de integración social.

En esta misma línea un tiempo antes se había publicado en el periódico *Crisis* —que reunía jóvenes intelectuales de izquierda en esta

<sup>25</sup> Entrevista a Jorge Orlando Melo (2015), quien agrega que La Gran Colombia había sido fundada por Carlos H. Pareja en los años cuarenta y que para inicios de los sesenta pasó a ser propiedad de Jorge Mora y Jorge Andonoff.

<sup>26</sup> Citas de la entrevista a Humberto Molina (2016).

misma ciudad— una breve crónica titulada “Antioqueños”, en la que se reivindicaba la inclusión en el todo social que era la antioqueñidad a sectores socialmente excluidos habituales de los cafetines o “cantinas” y con los que el cronista marcaba una afinidad:

La sociedad dispone de un grupo de gentes depositaria de los malos instintos. Son las clases bajas de la población: las prostitutas, los antisociales, los emboladores, muchas veces los negros, las gentes que deambulan por las calles excluidas de toda comunidad social. Estas gentes encarnan los malos instintos. Tal es el método por el cual la sociedad limpia su corazón. Igualmente ella es “buena por esencia”, mientras que desde el fondo de las clases sociales bajas, de los descarriados, las fuerzas del mal ascienden sinuosamente hasta el corazón de los miembros de la comunidad para tentarlos. Recuerdo ahora el grito “no son antioqueños”, y comprendo su fuerza psicológica.<sup>27</sup>

Para cerrar este capítulo, vale la pena indicar que estos matices entre los nuevos grupos intelectuales y la intelectualidad *crítica* precedente eran menos evidentes para el comunismo criollo. Desde ese sector político cultural más bien se establecía una línea de continuidad. Por lo menos así parece indicarlo la intelectualidad que se pronunció desde *Estudios Marxistas*. Fundada a inicios de los años setenta y con actividad por más de quince años, esta revista, subtitulada “revista colombiana de ciencias sociales”, surgió como respuesta a las revistas teórico-culturales promovidas por los nuevos grupos intelectuales que surgieron al calor de la nueva izquierda y que en muchos casos habían tenido confluencias iniciales con el comunismo.<sup>28</sup>

Elocuente resulta una zaga de sesudos estudios que entre 1977 y 1979 dedicaron a las revistas *Mito*, *Eco* y *Estrategia*, que según ellos reunían grupos intelectuales que originalmente representaban un nuevo tipo y luego habían “naufragado” en el oficialismo frentenacionalista. Si bien *Eco* era más duramente tildada de publicación anticomunista y poco li-

<sup>27</sup> *Crisis* (1957), I. 1: 7. Por el estilo de escritura, se infiere que la rúbrica Juan Montaña corresponde a uno de los seudónimos del entonces joven Mario Arrubla.

<sup>28</sup> En algunos de sus números se nos presenta como director al pedagogo, investigador social y militante Nicolás Buenaventura (1918-2008) acompañado por Alcibiades Paredes en la redacción y Raúl Manzano en la administración. Pese a la importancia de las revistas teóricas del comunismo colombiano como *Estudios Marxistas* (desde inicios de los años setenta hasta la segunda mitad de los años ochenta) y *Documentos Políticos* (1956-1984), aún no contamos con estudios que las describan y analicen.

gada a las dinámicas nacionales por prestar atención excesiva al devenir europeo y alemán, las otras dos también eran catalogadas como revistas “burguesas”. Pero la mayor irritación la levantaba *Estrategia*, dada su pretensión de concretar proyectos políticos a los que sumar la juventud revolucionaria del momento, a diferencia de *Mito*, que sí se quedó en el “limbo neutral” de los intelectuales “francotiradores” (Medina, 1977; Pérez, 1978; Caviedes, 1979). Es de subrayar que la idea de *revolución* y sus diversos contenidos, las lecturas de la historia política del país y el papel de la burguesía eran líneas divisorias entre los grupos intelectuales del medio siglo, así como lo era la concepción misma de la función intelectual.

Por un lado, estaba la distinción entre el intelectual autónomo, que declaraba su afinidad fundamental con la política pero tomaba cierta distancia de la *militancia*. Justamente los intelectuales militantes se pueden ejemplificar con aquellos que desde los años cuarenta tuvieron presencia en el Partido Comunista —aunque también con aquellos que después de la segunda mitad de los años sesenta empezaron a militar en las organizaciones revolucionarias—, mientras algunos de los *intelectuales del compromiso* son justamente estos nuevos grupos de sociabilidad aquí reseñados. Estos últimos tenían una relación que también se puede nombrar “porosa” con la política, pues les era sustancial pero no hasta el punto de sacrificar su libertad intelectual. Este tipo intelectual se reservaba su derecho a la crítica, reinventaba su intervención en la *praxis* cultural y consideraba que las palabras estaban siempre en situación, por lo que difícilmente se “matriculaba” en un partido u organización. Por otro lado, estaba la distinción relativa a la libertad sexual y las costumbres. Los comunistas declaraban su distancia con el promotor de *Mito*, que no centraba “su mirada en la miseria de la ciudad y el campo que lo rodea, en el analfabetismo, en la salud precaria de nuestro pueblo”, sino que la centraba “en el ritual de alcoba de las capas medias colombianas” (Medina, 1977: 68). Pero también consideraban que los combates —en muchas ocasiones en estilo contestatario— que los nuevos grupos intelectuales desarrollaban contra instituciones clásicas como el matrimonio explicaban su alejamiento de las masas. Las memorias de un clásico dirigente comunista, Álvaro Delgado, son ilustrativas al respecto:

Ellos [se refería específicamente al Grupo *Estrategia*] pensaban que a los obreros se les maneja conversando con ellos en una asamblea, en una reunión, y diciéndoles cosas como que el matrimonio era una pendejada y que lo que debía regir eran las relaciones libres, o que qué era eso de la religión, estaban

<i>Crítico</i>	<i>Comunista</i>	<i>Intelectuales del compromiso o nueva izquierda intelectual</i>	<i>Nueva Izquierda Política</i>
Abriendo una tercera posición en el antagonismo de la guerra fría (elemento de la función bisagra respecto de los nuevos intelectuales)	Aliado con el comunismo internacional	Vinculación con la nueva izquierda internacional en su crítica al comunismo representado por el estalinismo	Corrientes diversas que se fueron diversificando en alianzas, teóricas y prácticas, con las nuevas izquierdas políticas internacionales como maoísmo o guevarismo
Primacía de la ética y la estética	Primacía de la política	Primacía de la política = radicalización discursiva	Primacía de la política = radicalización práctica y militancia de partido u organización
Defensa de la autonomía y libertad intelectual	Intelectual que se realiza en relación al partido	Defensa de la autonomía y libertad intelectual. No sin tensiones comienza como autonomía respecto del Estado y avanza en demandas de autonomía frente a la política (revolucionaria)	Intelectual que se realiza en relación a la organización revolucionaria
Renovación cultural y de las costumbres. Contra el hispanismo conservador (elemento de la función bisagra respecto de los nuevos intelectuales)	Conservadurismo cultural por efectividad en las masas	Renovación cultural y de las costumbres de tipo contracultural. Contra el hispanismo conservador	Expresiones de vanguardia artística que dan cuenta de una renovación cultural y también ascetismo, algunas veces de cuño conservador

Cuadro comparativo.



despistados. Por eso los sacaron levantados los propios trabajadores. [El de ellos] era un lenguaje que los asalariados, acuciados por los bajos ingresos y las penurias de los hogares, no podían interpretar como respuesta a sus demandas (Delgado, 2007: 148).

De forma esquemática presento en el cuadro comparativo algunas de las concepciones sobre lo que era y debía ser la intelectualidad que circulaban entre estos grupos de sociabilidad y marcaban líneas divisorias que poco a poco derivaron en una fragmentación del campo intelectual.

Así pues, los compromisos intelectuales en la Bogotá del medio siglo están dotados de sentidos diversos y a veces contrastantes, lo que es observable cuando se comparan grupos intelectuales y también cuando se reconstruyen los itinerarios individuales de forma panorámica. Como sucedió en Latinoamérica, el medio siglo fue un momento en el que la cultura y la política experimentaban una tensión inédita que llegó a niveles dramáticos. En Colombia, la discusión se agudizó y en no pocos casos llegó a ser antagónica e incluso maniquea, lo que no fue óbice para que la comunidad poco comunizada que fue la intelectualidad de izquierda sostuviera encuentros en esos escenarios ciudadanos de la vida intelectual que fueron los cafés. Sin embargo, estos escenarios se fueron modificando y la hipótesis que para trabajos futuros deja este escrito es que para los años setenta ganaron protagonismo los espacios privados en los que convergían hombres y mujeres, al tiempo que nuevas instituciones, por ejemplo, las editoriales de izquierda que fueron novedad de la nueva década o instituciones reconfiguradas como la universidad —principalmente la pública— en las que el marxismo y la academia militante cobraron gran centralidad.

## FUENTES PRIMARIAS

### ENTREVISTAS

Entrevista a Eduardo Gómez realizada por Sandra Jaramillo R., 2012-2016.

Entrevista a Humberto Molina realizada por Juan Carlos Celis y acompañada parcialmente por Sandra Jaramillo R., 2014-2016.

Entrevista a Jorge Orlando Melo realizada por Sandra Jaramillo R., 2015.

Entrevista a Ramiro Montoya realizada por Sandra Jaramillo R., 2017.

Testimonio de Mario Arrubla en correspondencia personal a Sandra Jaramillo R. y con autorización del citado, 2012.

## ARTÍCULOS DE O SOBRE LA ÉPOCA

- BETANCUR, Belisario (1994), *Declaración de amor. Del modo de ser del antioqueño*. Bogotá: Navegante editores.
- CAVIEDES, Sergio (1979), “‘Estrategia’ o la ‘renovación del marxismo’”, *Estudios Marxistas* (Bogotá), 16: 72-83.
- C. R. y J. M. (1958), “Georg Lukács, ‘Ensayo sobre el *Hyperion* de Hölderlin’”, *Tierra Firme* (Bogotá), 4: 279-281.
- DE GREIFF, Boris (2015), “Recordando a Estanislao Zuleta”, *Revista de la Universidad de Antioquia*, 319: 72-74.
- DELGADO, Álvaro (2007), *Todo tiempo pasado fue peor. Memorias del autor basadas en entrevistas hechas por Juan Carlos Celis*. Medellín: La Carreta.
- GAITÁN DURÁN, Jorge; GÓMEZ VALDERRAMA, Pedro y VALENCIA GOELKEL, Hernando (1956), “Mito y la tragedia húngara”, *Mito* (Bogotá), 10: 233.
- GÓMEZ, Eduardo (2007), “Zuleta: el amigo y el maestro”, *Al Margen* (Bogotá), 23: 54-65.
- “Jorge Gaitán Durán” (1962), *Estrategia*, 1: 1.
- MEDINA, Álvaro (1977), “‘Mito’, una revista de la burguesía”, *Estudios Marxistas*, 14: 64-85.
- MELO, Jorge Orlando (1961), “Sobre Merleau-Ponty”, *Esquemas* (Bogotá), 2: 15-19.
- \_\_\_\_\_ (1963), “Sartre y el marxismo”, *Estrategia*, 3: 98-106.
- MOLINA, Humberto (1963), “El intelectual y la revista”, *Diálogos* (Ibagué), 1: 21-25.
- MONTAÑA, Juan (1957), “Antioqueños”, *Crisis* (Medellín), I. 1: 7. [Infero que la rúbrica refiere a un seudónimo].
- OLMEDO, José [seudónimo de Francisco Posada] (1958), “Algunas reflexiones acerca de la realidad colombiana”, *Tierra Firme*, 4: 253-270.
- PÉREZ, Mateo (1978), “‘ECO’ y la cultura occidental”, *Estudios Marxistas*, 15: 33-51.
- RESTREPO, Carlos; BLOQUE N.; CELIS, Juan Carlos; LOPERA, Gloria y ARANGO, Gloria Mercedes (2004), “Conversatorio con Luis Antonio Restrepo”, *Babel* (Medellín), 5: 5-33.
- RINCÓN, Carlos (2014), “Prólogo”, en POSADA, Francisco, *Textos Reunidos*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 11-54.

## BIBLIOGRAFÍA

- ARIAS, Ricardo (2007), *Los leopardos. Una historia intelectual de los años 1920*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- BOURDIEU, Pierre (2002), *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*. Buenos Aires: Montessor.
- \_\_\_\_\_ (2005), “Sartre”, *Al Margen*, 15-16: 404-410.
- BUILES, Carlos (2012), “Los intelectuales, la violencia y el poder. El caso de Jorge Gaitán Durán (1924-1962)”, *Analecta Política* (Escuela de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín), II. 3: 93-111.
- CAMACHO, Diana; IREGUI, Jaime; MERIZALDE, Liliana y NIÑO, Gustavo (2009), *Café El Automático*. Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá D. C.-Universidad de los Andes.
- COHEN-SOLAL, Annie (1990), *Sartre 1905-1980*. Barcelona: Ehasa.
- COSER, Lewis (1973), *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Diccionario Biográfico de las Izquierdas Latinoamericanas, movimientos sociales y corrientes políticas*. Buenos Aires: CeDInCI. Disponible en: <http://diccionario.cedinci.org/>
- DOSSE, François (2007), *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*. Valencia: Universitat de València.
- GAITÁN-DURÁN, Jorge ([1959]1999), *La revolución invisible. Apuntes sobre la crisis y el desarrollo en Colombia*. Bogotá: Ariel.
- GILARD, Jacques (1984), “El grupo de Barranquilla”, *Iberoamericana* (Universidad de Pittsburgh, Estados Unidos), L. 128-129: 905-935.
- GILMAN, Claudia (2003), *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- GRANADOS, Aimer y PITA, Alexandra (2017), “Redes intelectuales transnacionales: teoría, metodología e historiografía”, *Historia y Espacio* (Departamento de Historia de la Universidad del Valle, Cali), XIII. 49: 9-15.
- GUTIÉRREZ GIRARDOT, Rafael (1982), “La literatura colombiana en el siglo XX”, en *Manual de Historia de Colombia*. Tomo III. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 447-535.
- JARAMILLO JIMÉNEZ, Jaime Eduardo (2017), *Estudiar y hacer sociología en Colombia en los años sesenta*. Bogotá: Universidad Central.
- JARAMILLO RESTREPO, Sandra (2019a), *Itinerarios intelectuales en las tramas de la nueva izquierda colombiana (1957-1978)*. Mario Arru-

- bla Yepes y Estanislao Zuleta Velásquez, dos marxistas heterodoxos.* Tesis de Doctorado, Universidad de Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_ (2019b), “‘Para tener libertad mayor en el campo de la cultura había que estar afuera’. Conversaciones con el intelectual colombiano Eduardo Gómez”, *Historia y Espacio*, XV. 53: 353-380.
- \_\_\_\_\_ (2021), “Hacia un mapa de revistas de la nueva izquierda intelectual colombiana”, *ACHSC* (Departamento de Historia, Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá), XLVIII. 2.
- KAWAKAMI, Víctor (2016), “Acerca de la genealogía editorial de la revista *Mito*”, *Literatura: Teoría, Historia, Crítica* (Departamento de Literatura, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá), XVIII. 1: 11-28.
- LOAIZA CANO, Gilberto (2004), “Los intelectuales y la historia política en Colombia”, en *La historia política hoy: sus métodos y las ciencias sociales*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 56-94.
- LÓPEZ, Andrés (2014), *Jorge Zalamea, enlace de mundos. Quehacer literario y cosmopolitismo (1905-1969)*. Bogotá: Universidad del Rosario.
- MONJE PULIDO, Camilo Andrés (2011), *Los cafés de Bogotá (1948-1968). Historia de una sociabilidad*. Bogotá: Universidad del Rosario-Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.
- MORENO HERRERA, Francy Liliana (2017), “Ensayar un modelo intelectual: el escritor y la sociedad en la revista *Mito*”, en WEINBERG, Liliana (coord.), *El ensayo en diálogo*. Vol. II. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 107-134.
- NÚÑEZ ESPINEL, Luz Ángela (2014), *Marxistas, liberales y antifascistas. Configuración de una generación intelectual de izquierda en Colombia (1930-1951)*. Tesis de Doctorado, Universidad de los Andes, Colombia.
- PALACIOS, Marco (1995), *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875-1941*. Bogotá: Norma.
- PLUET-DESPATIN, Jacqueline (1999), “Une contribution a l’histoire des intellectuels: les revues”, *Les Cahiers de L’IHTP* (Institut d’histoire du temps présent, Paris), 20: 125-136.
- RESTREPO, Luis Antonio (1989), “Literatura y pensamiento 1958-1985”, en *Nueva Historia de Colombia*. Vol. VI. Bogotá: Planeta, 89-108.
- ROMERO, José Luis (2001), *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- SARLO, Beatriz (1992), “Intelectuales y revistas: razones de una práctica”, *América. Cahiers du CRICCAL* (París), 9-10: 9-16.

- SARTRE, Jean-Paul (1950), *Manos sucias*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- \_\_\_\_ ([1948] 1962), *¿Qué es la literatura?* Buenos Aires: Editorial Losada.
- TARCUS, Horacio (2020), *Las revistas culturales latinoamericanas. Giro material, tramas intelectuales y redes revisteriles*. Buenos Aires: Tren en movimiento-CeDInCI.
- TERÁN, Oscar (2013), *Nuestros años 60. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina 1956-1966*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- TORRES, Alfonso (2013), *La ciudad en la sombra. Barrios y luchas populares en Bogotá 1950-1977*. Bogotá: CINEP.
- URREGO, Miguel Ángel (2002), *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia. De la guerra de los Mil Días a la Constitución de 1991*. Bogotá: Universidad Central-Siglo del Hombre.
- VÉLEZ GÓMEZ, Gloria Patricia y GÓMEZ ARANGO, Marilyn Mildred (2008), *Los intelectuales en Medellín. 1950-1975*. Monografía de grado, Universidad de Antioquia, Medellín.
- WILLIAMS, Raymond (1980), *Marxismo y literatura*. Pablo di Masso (trad.). Barcelona: Península.